

# Aguas aéreas

## Conversación en Galaxidi

David Huerta

Vuelvo a los poemas de Elsa Cross con la alegría de quien toma un vaso de agua por primera vez —¡pero siempre, siempre bebemos agua por primera vez! Esa vuelta a estos poemas es como un acto elemental; lo es el agua misma, según la visión de los antiguos, y lo es, también, el acto de beberla. Decir *elemental* no significa aquí simpleza, llaneza o cualquiera de las palabras indicativas de unidimensionalidad o falta de complicación; es todo lo contrario. El agua: ¿hay algo más abismal y complicado, más laberíntico y enredado, y a la vez más repleto de transparencia, de misterio, de fluidez y de presencia rotunda y fresca?, y más fecundante como el acto de beber un vaso de agua? Así es para mí leer la poesía de Elsa Cross.

Dice Joseph Brodsky: el rasgo principal en el diseño de nuestro planeta es precisamente el agua; lo dice en un libro consagrado enteramente a la ciudad del agua: Venecia (el libro se llama, hermosamente, *Watermark*, “marca de agua”: el sello personal u oficial, en filigrana, de libros y documentos, y también del papel moneda). Quienes llegan por vez primera a Venecia no pueden dejar de sentirla como un milagro de la voluntad y de la fantasía. “¡Una ciudad así existe!”, exclaman; es digno de asombro: a alguien se le ocurrió asentar a una comunidad humana en un lugar tan frágil y poderoso como las aguas del Adriático y de la espléndida laguna. Recorre uno los puentes sobre los canales venecianos y va descubriendo el modo en el cual la ciudad del agua también es la ciudad de la pintura, la urbe de Tiziano (ese “Hegel de la pintura”, como lo llamaba el pintor ruso-mexicano Vlady), de Tiepolo, de Caravaggio, de Giorgione, entre muchos otros.

Agua e imágenes; mitología y religiosidad; contemplación activa y reposo trascen-

dental: todo eso aparece en formas concretas, en obras y en presencias, en esa ciudad prodigiosa. También aparece en la poesía de Elsa Cross, tan habitada por una delicada música verbal y tan fluida como el agua veneciana —y también poblada de imágenes memorables. Veo esa poesía como una pródiga Venecia en el mapa de la poesía mexicana; como una ciudad de palabras levantada para redimirnos un poco de nuestros aturdimientos civiles, de nuestras torpezas políticas, de los errores innumerables de la convivencia, de las obsesiones seculares y de cómo éstas nos limitan, nos obnubilan y nos dejan exhaustos, tirados a media calle, según leí hace más de medio siglo en un poema, “con los oídos despedazados / y con una arrugada postal de Chapultepec / entre los dedos”.

Una obra poética vista, leída y contemplada como una ciudad: ¿no está eso mismo, la misma idea, en la poesía de Elsa Cross? Propiamente hablando, está en el epígrafe de uno de sus libros, *El diván de Antár* (publicado en 1990), merecedor del Premio de Poesía “Aguascalientes” en su edición 1989. Ese epígrafe, extraído de los *Cantos de los oasis del Hoggar* dice lo siguiente:

...he pronunciado tu nombre... y el espejismo ha construido toda una ciudad para oírme hablar de ti.

Una ciudad es el lugar, por antonomasia, del sedentarismo. He aquí una fértil paradoja: la incesante nómada llamada Elsa Cross me hace pensar en ciudades, me hace evocar sitios imponentes para quedarse y con-vivir (he con-vivido con ella y con su poesía durante cerca de cinco décadas): esa coexistencia de fijeza (ciudades) y movilidad (viajes) forma uno de los rasgos más

notorios de su personalidad diamantina, llena de brillos y también de contrastes. La ciudad es el anhelo del viajero y también el punto de partida en la huida del nómada: se va uno de una ciudad para llegar a otra o para evitar continuamente las ciudades; o, como Ulises, para regresar constantemente a ella. La ciudad construida por el espejismo del desierto es sencillamente un lugar de canto, y específicamente, de un canto de amor.

Viajes, amor, ciudades, espejismos y realidades. Todo eso queda cifrado continuamente en los poemas de Elsa Cross y de ello quiero ocuparme ahora, por medio de un pequeño comentario a una de sus composiciones.

En el libro *Nadir*, Elsa Cross se asomó a las aguas del abismo; pero no con el talante narcisista o egocéntrico, desgarrada pasión cristiana y pecadora, con el cual Francisco de Quevedo lo hizo en el turbulento siglo XVII (“...las aguas del abismo / donde me enamoraba de mí mismo”); sino con la voluntad de reapropiación de todo un mundo: ese mundo vibró para ella, durante un largo momento, como si desapareciera, y luego volvió a sus manos y a sus ojos y a su corazón de poeta con una luminosa intensidad: Elsa Cross salió del nadir para traernos este libro lleno de fecundos claroscuros y de huellas diurnas.

La sección “Galaxidi” contiene uno de los más impresionantes poemas de Elsa Cross. Es el número 7 de la serie de ocho poemas de esa sección, titulada con el nombre de esa ciudad griega junto al mar. Puede leerse en el recuadro adjunto.

Son quince versos transparentes, generosos, dentro de los cuales hay una elegante enumeración heteróclita —lo digo así para evocar imaginaciones de Borges, lec-

ciones de Leo Spitzer—; una enumeración disimulada y al mismo tiempo evidente, marcada por la anáfora verbal del discurso (“hablamos”, “hablamos”), del coloquio, de la conversación en medio del paisaje griego, junto al mar “color de vino”. Ese “hablamos” es ambiguo: o es un pasado absoluto o es un presente continuo (“seguimos hablando”): no lo sabemos. Pero sabemos, sí, esto: en el poema los conversadores, los dialogantes, siguen diciendo todas esas cosas sobre los insectos, los reptiles, los pájaros, la muerte, el cielo, el amor, las flores.

El final del poema contiene solamente tres palabras iniciáticas: “aprendizaje del vacío”. Una lección de mundo y de espiritualidad, de disciplina y de visionarismo, cumplida, con soberbia soltura, en quince versos —sería difícil encontrar una mayor capacidad de síntesis, de concentración y de poder de sentido poético, todo ello conducente a ese “aprendizaje del vacío” enraizado, probablemente —no sabría decirlo con absoluta exactitud—, en las filosofías del Lejano Oriente.

El complemento de lugar está al principio del poema (“En las terraza de Galaxidi”). Luego aparece la primera de las conjugaciones inciertas del verbo discursivo por excelencia: “Hablamos” (digo “inciertas” pues no conocemos directamente a los hablantes). Y aparecen, van apareciendo, en una sucesión de prodigios, las presencias y los fenómenos, las pasiones y los elementos; aquí los enumero: el sueño, las termitas aladas, el lagarto de lengua azul, la muerte, el ganso-urraca y sus dos hembras, el cielo oscurecido y el cielo esclarecido, el murciélago de la fruta, las flores de los cerezos, el amor, el ganso macho, los lirios del pantano, las danzantes grullas de cabeza roja, el narciso “cautivo en las telas de araña”, el agónico sílvico órfico, el silencioso mirlo blanco, la nieve. El penúltimo verso encierra una cantidad enorme, concentrada, de poesía, y anuncia el final iniciático sobre el “aprendizaje del vacío”; es esta imagen soberbia de una triple imposibilidad o dificultad:

... [hablamos] del silencio del mirlo blanco en la nieve.

El mirlo blanco, dechado de imposibilidad o de rareza, está silencioso y además

De *Nadir*  
Elsa Cross

En las terrazas de Galaxidi  
hablamos del sueño,  
y de la noche nupcial de las termitas aladas,  
de la navegación del lagarto de lengua azul.  
Hablamos de la muerte,  
del ganso-urraca alternando el apareo  
con sus dos hembras,  
del cielo oscurecido por los murciélagos de la fruta  
y del cielo esclarecido por las flores de los cerezos.  
Hablamos del amor,  
del ganso macho graznando sobre los lirios del pantano  
y de la danza de las grullas de cabeza roja.  
Hablamos del narciso cautivo en las telas de araña,  
de la agonía del sílvico órfico,  
del silencio del mirlo blanco en la nieve  
—aprendizaje del vacío.

camina (blancura sobre blancura) por la superficie nevada, como el diminuto, aterido y hambriento gorrión de *Muerte sin fin*. De inmediato recordé una imagen inolvidable para mí: la del ángel de vidrio de Emilio Prados en el libro titulado *Memoria y olvido*. Ante el viento poético de ese poema de Galaxidi, me quedé como Prados en su poema; así lo dice el poeta español:

Trémulo, transparente,  
me quedé sobre el viento  
igual que un vaso limpio  
de agua pura,  
como un ángel de vidrio  
en un espejo.

Ese “ángel de vidrio / en un espejo” (pero, ¿dónde está si no se puede ver?) me recordó el silencioso y albo mirlo de Elsa Cross: un pájaro imposible, difícil de encontrar, enormemente extraño y majestuosamente callado sobre la nieve fría. Veo y siento en estos versos de Elsa Cross la misma nieve de la docta ignorancia en los versos de Ramón López Velarde, cuando confiesa cómo su “papal instinto” se conmueve “con la ignorancia de la nieve / y la sabiduría del jacinto”. El mirlo blanco es además trasunto de otras magias, experimentadas

paralelamente a la magia poética: las magias del mirlo artúrico, el mago Merlín.

Son tantas cosas y necesitarían tantas palabras...; pero Elsa Cross ha sido capaz, admirablemente capaz —esa frescura y esa fuerza de la imaginación son su naturaleza, la índole misma de su espíritu—, de encastrarlas con destreza en el vaso precioso de su poema griego, visionario, iniciático, en apenas quince líneas, quince versos como una teoría griega en un friso lleno de colores destellantes, lleno de animación, es decir, de alma y de belleza.

El otorgamiento de la medalla Bellas Artes a esta poeta y visionaria tiene el sentido de un reconocimiento: consiste en dar testimonio de un valor excepcional, en este caso ante la constancia de una vida consagrada a las palabras como fuente de revelación y de sabiduría.

Solamente debo decir esto, para terminar: Elsa Cross merece no nada más este valioso reconocimiento del Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura; sino, sobre todo, nuestra admiración y nuestra gratitud por su poesía, por su voz, por su presencia y por su genio. **U**

Palabras leídas el 30 de octubre de 2012 en la entrega de la medalla Bellas Artes a Elsa Cross en el Palacio de Bellas Artes de la Ciudad de México.